

Fragmento
Roswell. Secreto de Estado
Javier Sierra

JAVIER
SIERRA

ROSWELL
SECRETO
DE ESTADO

DIVULGACIÓN

La primera incursión en lo desconocido
del autor de *La ruta prohibida*



*A todos aquellos que, en su búsqueda
íntima de la verdad, se han sentido
alguna vez empujados por una «Fuerza Mayor».*

*Y en especial, a mis padres. Por educarme
en libertad.*

Por qué se reedita esta obra

Hace casi veinte años publiqué mi primer libro. Éste. Lo escribí del tirón, en apenas veintiún días, sentado frente a una vieja puerta de madera convertida en improvisada mesa de trabajo, con vistas al Mediterráneo, en la casa que mis padres tuvieron en la costa del Azahar. Su argumento surgió con el ímpetu de las cosas vividas en primera persona. Después de algunos meses de encadenar de forma casi milagrosa viajes por los Estados Unidos, Italia y Francia, tenía tanto que contar que la aventura emergió a borbotones, imparable. Ahora, casi dos décadas más tarde, al releer estas líneas de juventud, reencontrarme con su pureza de intenciones y su sentido de la justicia me conmueve. *Roswell. Secreto de Estado* fue el fruto de la apasionada búsqueda de respuestas a algo que en aquellos años formaba parte de mis certezas vitales y que, para mi sorpresa, sólo provocaba indiferencia o sonrisas burlonas entre quienes me rodeaban. Creía que este planeta llevaba milenios siendo visitado, controlado incluso, por inteligencias de otros mundos, y sin calcular las consecuencias que

podría acarrear una seguridad como aquélla me lancé a intentar demostrárselo al mundo. «¿Y dónde están tus pruebas?», me preguntaban los más incrédulos. «¡Las encontraré!», les decía.

Hasta 1991 no tuve la primera buena ocasión de cumplir con semejante promesa. Tras unos años precoces consagrados a entrevistar a personas que habían visto ovnis en mi entorno (entre ellos, curtidos marineros de Vinaròs; algún que otro médico, y hasta un par de veteranos periodistas del Maestrazgo), la llamada telefónica de un verdadero experto fue la culpable de ponerme tras las huellas del «gran caso». Al otro lado del auricular estaba Antonio Ribera, el decano de la investigación ufológica en España. Llevaba carteándome con él desde que tenía quince años, y en ese tiempo se había convertido en el abuelo que nunca tuve. Él me recomendó que aprendiera inglés si quería acceder a la mejor bibliografía sobre misterios del mundo; me abrió el apetito por asuntos tan dispares como los *moais* de la isla de Pascua o la exploración submarina, y me enseñó el valor de contar bien las cosas. Aquella tarde, emocionado, me comunicó que le habían invitado a participar en un congreso internacional sobre No Identificados en Tucson, Arizona, y me pidió que le acompañara como su asistente personal. Antonio tenía por entonces setenta y un años, acababa de sufrir un importante contratiempo cardíaco y no se encontraba con las fuerzas necesarias para emprender un viaje de semejante envergadura a solas. Y yo, claro, acepté. Nunca había estado en América, y la posibilidad de hacerlo junto a investigadores

de todo el mundo que sólo conocía por sus libros me convenció. Sin embargo, no fue ése el argumento definitivo. De repente mi mirada se ancló en un objetivo aún mayor que el bueno de Antonio me brindó en bandeja: no lejos de Tucson se encontraba la «célula madre» del misterio que nos obsesionaba a ambos. Allí, en una olvidada ciudad de Nuevo México, en Roswell, vecina de los grandes campos de pruebas nucleares de la guerra fría, se produjo en julio de 1947 uno de los más extraños accidentes aéreos que se recuerdan. En aquel lejano verano de la posguerra un vehículo de procedencia desconocida se estrelló en el desierto, fue recuperado por personal militar y su rescate, *anunciado oficialmente* como el de un «disco volante», tal vez de naturaleza extraterrestre. Enseguida, por razones que todavía se desconocen del todo, aquella noticia se acalló.

Durante décadas, no pocos interesados en la cuestión ovni sospecharon que allí había ocurrido algo muy serio. Y yo empecé a creer que ese caso bien podría esconder «la prueba» que buscaba. La que necesitaba para acallar a tanta mente estrecha. Y así, llevado por un entusiasmo sin límite, viajé a Tucson, después a Roswell, y gracias a un adelanto a cuenta de una serie de reportajes para la revista *Más Allá de la Ciencia*, conseguí entrevistar a los últimos testigos vivos (la mayoría militares retirados) que vieron o estuvieron cerca del misterioso «disco volante».

Ninguno de aquellos hombres —lo sé— me mintió. Habría sido absurdo hacerlo a un joven inofensivo y extranjero como yo. Entonces Internet

apenas comenzaba a asomar en nuestros hogares y si querías hablar con alguien en la otra punta del globo, no te quedaba otro remedio que ir en su busca. Ahora me alegro. Aquellos ancianos con los que me entrevisté estuvieron cara a cara con lo «imposible». El brillo que adiviné en sus ojos los delataba. Vieron y hasta tocaron algo con la certeza de que no era de este mundo. Y, como era de esperar, sus palabras y hasta el último de sus gestos se incrustaron en mi memoria como una verdad valiosa y defendible.

Cuatro años después de semejante viaje iniciático —en el que, por cierto, también tomé contacto con los escenarios americanos de la que sería mi primera novela, *La dama azul*—, se produjo el acontecimiento que me *obligaría* a redactar esta obra.

En la primavera de 1995, como si fuera un «fuego griego» imposible de sofocar, el rumor de que se acababa de filtrar una filmación militar de alto secreto del accidente de Roswell en el que no sólo se veían los restos de un extraño «disco», sino también los cadáveres maltrechos de sus ocupantes, me reconectó con mi «gran búsqueda».

Aquel documento, según se dijo en un primer momento, mostraba el examen anatómico forense de al menos dos cuerpos de otro mundo. ¿Cómo no iba a perseguir con todas mis fuerzas una historia así?

Durante los meses previos a aquellos veintiún días de redacción de *Roswell. Secreto de Estado* llamé a cuantas puertas pude para establecer la autenticidad o no de aquel filme y su vínculo con lo

sucedido en Nuevo México en 1947. Y fruto de esa fiebre escribí estas páginas primerizas. Hoy, con la perspectiva que da el tiempo, las habría elaborado de otro modo. Sin embargo, he decidido darlas a imprenta de nuevo, sin cambiar nada de lo esencial, para que el lector tenga la oportunidad de comprender mejor por qué escribo lo que escribo. En el fondo toda mi obra, también la literaria, nace de aquella curiosidad activa de mis primeros años, de mi actitud abierta ante lo desconocido. En suma, de una mirada curiosa que nunca se ha dejado arrastrar por las acomodaticias, o a veces miedosas, opiniones de quienes descartan a priori todo lo que no encaja con su «mapa del mundo», con su «realidad».

Dos décadas después de que *Roswell. Secreto de Estado* viera la luz, conservo como el más preciado de mis tesoros esa mirada. Quizá me ha llevado a equívocos. Este libro, sin ir más lejos, los contiene. Pero su calado es relativo. Doy por cierto que de no haberme enfrentado en solitario a desafíos como éste y de no haber compartido una parte importante de mi vida con aquellos que han estado delante de «lo imposible», yo no sería el escritor comprometido con el proyecto de hacer visible lo invisible en el que me he convertido.

Ojalá el futuro valore más esa «fuerza mayor» que me sirve de guía que las torpezas y los tropiezos de un autor que echó a andar con este libro.



Mapa de Nuevo México que recoge los diferentes escenarios en los que se supone que se recuperaron restos de ovnis en julio de 1947 (cartografía: Tito Carazo).

Jamás en la Historia de la investigación ovni, un episodio ha despertado tanta controversia como el llamado «caso Roswell». En nuestros días esa polémica es doble. Por un lado, seguimos sin saber con exactitud qué clase de aeronave se estrelló en Nuevo México en julio de 1947 y qué razones llevaron a la Fuerza Aérea de los Estados Unidos a clasificar como secreta su recuperación. Por otro, la divulgación en 1995 de unas imágenes que recogían la autopsia practicada a los pretendidos extraterrestres caídos en Roswell resituó el caso en las portadas de un buen número de medios de comunicación de todo el mundo.

A mediados de los años noventa del siglo pasado no disponíamos de elementos suficientes para considerar aquella filmación auténtica... pero tampoco para desecharla como un fraude. Ambas posturas fueron durante mucho tiempo meras opiniones. Fue justo entonces cuando escribí el libro que el lector tiene en sus manos.

Hoy, aunque hasta los expertos más crédulos consideran aquel documento fílmico el producto de

un fraude singular y quienes lo divulgaron han confesado ya que fue la «reconstrucción» de un documento real, todavía persiste la incógnita de por qué se hizo circular una película como aquélla en vísperas del cincuenta aniversario del misterioso accidente de Roswell, justo cuando todos esperábamos que el Gobierno de los Estados Unidos desclasificara sus archivos sobre el caso.

En este trabajo se contienen algunas pistas que ayudarán al lector a comprender una trama tan intensa y a bucear en los preliminares de lo que, a buen seguro, el futuro definirá como la «noticia» o el «fraude» del siglo.

Y me refiero, naturalmente, al caso Roswell. No a la malhadada filmación de las autopsias.

Agradecimientos

Este reportaje no habría visto nunca la luz sin el apoyo y la ayuda de un buen número de personas. En especial el que me brindaron desde el principio mis compañeras y compañeros de la revista *Año Cero*. Los sabios consejos de Enrique de Vicente, las agudas indicaciones de Eduardo Fernández y los apuntes, estímulo y cariño de Geni Martín, Susana González, Carmen Machado, Virginia Medina y Tito Carazo me fortalecieron en los momentos más delicados de la investigación.

Le debo especial gratitud a José Antonio Campoy, director de la revista *Más Allá*, por creer en mí en 1991 —cuando en España pocos se acordaban del caso Roswell— y enviarme a Nuevo México a investigar este episodio clave del fenómeno ovni.

También estoy en deuda con Vicente París, no sólo por poner en mi mano algunas «piezas» que se revelarían claves en mi trabajo, sino por traerme el primer ejemplar del semanario francés *VSD* con la foto del presunto extraterrestre de Barnett. A Matteo Leone y a Edoardo Russo, del CISU, les

debo su asesoramiento en materia de Internet y su generosidad al enviarme materiales fundamentales para este libro. También a mis amigos Antonio Ribera, Josep Guijarro, Renaud Marhic, Ignacio Darnaude, Richard Heiden y Antonio Huneus les estoy agradecido no sólo por la información que durante estos años me han confiado, sino por las edificantes conversaciones que sobre el «teatro ovni» hemos mantenido.

De Roberto Pinotti, los miembros del CROVNI y el Gobierno de San Marino nunca podré olvidar su hospitalidad.

Y, cómo no, mi gratitud también se extiende a Sebastián Vázquez y José Antonio Fossati por haber apostado por un proyecto empujado por los vientos de un Destino juguetón e impaciente. Una «Fuerza Mayor», en suma.

PRÓLOGO

El gran puzzle

Desde que comencé a trabajar en el manuscrito de este libro, no he dejado de preguntarme qué postura debía adoptar frente a su contenido. Y la respuesta ha tardado en llegar: objetividad.

Me vi involucrado en la investigación del caso Roswell —que se remonta a julio de 1947— en una fecha tan tardía como 1991. Mis esfuerzos por reunir documentación de la época, por entrevistarme con algunos de los testigos de aquellos hechos y por visitar los escenarios del caso, se han visto recompensados con un abundante dossier de información que parece no dejar lugar a dudas: hace medio siglo una aeronave no terrestre se precipitó contra el suelo en Nuevo México, y fue recuperada en secreto por personal cualificado de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

Hasta ahí el cúmulo de evidencias se me antoja intachable.

Sin embargo, esa certeza no habría bastado para publicar un trabajo como éste. Sólo en Estados Unidos, entre 1980 y 1995, han visto la luz cinco libros de gran tirada íntegramente dedicados al ac-

cidente de Roswell, amén de centenares de artículos y monografías escritos para investigadores e interesados en el tema. Los detalles más nimios han sido, durante este tiempo, objeto de los más acalorados debates... y con todo, pocos de ellos han trascendido al gran público.

A mediados de 1995 la situación cambió. Una serie de rumores procedentes de Gran Bretaña aseguraban que un productor de televisión inglés había adquirido unos rollos de película militar secretos que contenían la autopsia practicada a unos extraterrestres. Por la fecha en la que se decía que fueron filmados y por el lugar, se presumió precipitadamente que las películas correspondían al caso Roswell.

Temblé.

Nunca antes se había hablado de la existencia de un documento así vinculado a este episodio, y menos aún que imágenes de esas características hubieran podido filtrarse a la opinión pública.

Mis primeras averiguaciones —allá por abril de 1995— chocaron contra un muro que no esperaba. Las imágenes existían, pero estaban en poder de un productor británico llamado Ray Santilli que deseaba a toda costa especular con ellas y cerrar el negocio del siglo vendiendo sus derechos de reproducción a televisiones y medios impresos. Ésa, y no otra, era la razón por la que las películas en sí no habían circulado todavía, y por la que una suerte de «embargo internacional» las estaba manteniendo fuera de circulación.

Al iniciarse aquel verano, algunos fotogramas de esta filmación fueron filtrados a la prensa de todo

el mundo. Se fue generando así una expectación que estallaría definitivamente el 28 de agosto de ese año, cuando varias televisiones europeas, australianas, asiáticas y americanas emitieron fragmentos de la codiciada filmación. A partir de ese momento surgieron toda clase de opiniones: desde los que creían que todo era un absurdo montaje creado gracias a unos magníficos efectos especiales, hasta los que veían en las tomas la confirmación definitiva de que los extraterrestres existían, y que Estados Unidos había ocultado las pruebas durante casi cinco décadas.

Por desgracia, ni unos ni otros aportaron evidencias de peso para sustentar sus tesis.

Fue en medio de aquella situación, cuando una serie de circunstancias profesionales me empujaron a investigar a fondo este entramado. Tomé varios aviones para entrevistarme en Europa con los principales implicados, desempolvé mis cuadernos de bitácora de la investigación en Roswell y comencé a reconstruir la película —nunca mejor dicho— de estos hechos.

El resultado de aquella encuesta profesional es este libro; una suerte de bloc de notas que desvela lo que, sin duda, es un expediente abierto del que todavía no se ha escrito la última palabra. En él he agrupado los apuntes de mis viajes y los resultados de mis modestas averiguaciones. Y aunque, en 1995 su resultado no me permitió avalar o desestimar la validez del filme, sí me dio pie para enunciar tres conclusiones que se me antojan importantes:

1. La llamada «película de los extraterrestres de Roswell», que contiene imágenes de las autop-

sias a dos criaturas de aspecto vagamente humano no forma parte, ni lo formó nunca, del caso Roswell en sí.

2. Estoy razonablemente seguro de que en Roswell cayó algo de procedencia no humana, cuya recuperación ha tratado de ser ocultada al mundo durante medio siglo.

3. La aparición de la «película de Roswell» ha coincidido, además, con el momento en que más presión pública se estaba ejerciendo contra el gobierno de los Estados Unidos para que liberara los datos relativos a este accidente. Fruto de una calculada maniobra, esta presión cedió frente a la espectacularidad de la presunta «evidencia» fílmica, desinflando a la larga el legítimo interés mundial por el extraño accidente de una aeronave no identificada en Nuevo México, en 1947.

Pero, no se engañe el lector. Estas tres conclusiones representan tan sólo un atisbo del puzzle que, en las páginas que siguen, pretendo describir en toda su amplitud.